

ECONOMÍA DOMÉSTICA.



EXCELENTE REFRESCO.

Tómense seis onzas de azúcar de pilon, y de la corteza de un limon grande y fresco extráigase la esencia estregando aquella contra el azúcar; póngase esta en un jarro grande y añádasele el zumo colado de un limon y medio. Ya que esté deshecha el azúcar, viértase encima una botella de buena cidra, y tres vasos grandes (de los que se usan para beber vino) de vino de Jerez; añádasele cosa de la mitad de una nuez moscada ligeramente rallada y sírvase con unos ramitos de borraja ó sin ellos. Tápese muy bien y póngase en hielo antes de tomarlo.

PUDIN DE GLOCESTER.

Tómense tres huevos, pésense con cascarron y todo, tómese después de harina y mantequilla el tanto de su peso de los dichos huevos, tómense luego doce almendras amargas y cinco onzas de azúcar machacada; bátase todo junto durante media hora y póngase la mixtura en *puđerinas*, llenándolas hasta la mitad solamente. Cuézase al horno durante una hora.

MEDIO DE HACER DURAR MUCHO TIEMPO LAS TEJAS.

Caliéntense ligeramente y después úntense bien con una mezcla de cal y alquitran.

Dase á las tejas el color de la pizarra, moliendo albayalde y negro de Alemania con aceite de linaza, con lo cual se pintan las TEJAS, poniéndose á secar después de cada mano.

REMEDIO CONTRA LAS RATAS.

Cójase una docena de RATAS (6 ratones) vivos, enciérrense en cualquiera vasija de madera ó de barro de donde no puedan salir y déjense allí juntas sin comida alguna: al cabo de algunos dias, impelidas por el hambre comenzarán á comerse unas á otras, y ya que se vea que no queda mas que una, la mas vigorosa de todas, suéltese en la casa. Esta, acostumbrada á comerse á sus semejantes, no buscará ya otro sustento y acabará hasta con la última.

MANERA DE AUMENTAR LA FUERZA DE LA PÓLVORA DE CAZA.

Con cada libra de PÓLVORA mézclense cuatro onzas de cal viva, nueva y bien pulverizada, y revuélvase todo, moviéndolo, en una vasija hasta que quede bien hecha la mezcla. Consérvese así en un trasto bien tapado y puesto en un local¹ seco. Con esta preparacion adquiere la pólvora un grado asombroso de fuerza. La que se pone en la cazoleta de la escopeta debe no contener cal.

REMEDIO CONTRA EL SUDOR DE LAS MANOS.

Cuando quiere uno preservarse de esta incomodidad, por tener que trabajar en obras que el sudor de las manos puede manchar ó alterar, estréguense varias veces con polvos de licopodio, conocidos con el nombre de azufre vegetal. Esto no daña en nada á la salud.

¹ LOCAL, s. m. Sitio (*locus, situs* del latin; *lieu, place, endroit* del francés). Acad. española.

LUIS XVI Y PARMENTIER.

EN 1749, en la pequeña ciudad de Montdidier¹ existia un farmacéutico², químico muy docto, pero algo escaso de caridad cristiana.

Los pobres apellidaban á su opulencia el "oro maldito," pues nunca jamás su mano interesada y rapaz habia prestado alivio á la cruel enfermedad; ni nunca jamás su alma se habia abierto al contacto del dolor.

En una noche lóbrega y fria un muchacho de quince años se presenta en el mostrador del avaro, deshecho en llanto, perdido el color y desenchajado el rostro: su mano apretaba temblando un papelito doblado que le alargó al farmacéutico diciéndole:

—Esta es una receta para dar la vida á mi madre que está muriéndose... ¡urge muchísimo, señor!

El químico deletreó las cuatro cifras ilegibles del facultativo.

—Es eficaz el remedio, dijo entre dientes reflexionando, y costará un luis de oro: ¿le tienes?

—¡Un luis! Jesús me valga, dijo el mozo, desde que murió mi padre no le hemos visto en casa la cara al dinero.

—¡Vaya, vaya! recetar un remedio como este á un pobre.... ¡los médicos son unos locos! gruñó el químico.

Este y el muchacho se quedaron un rato sin chistar una palabra.

¹ Montdidier.—² Boticario.—³ Cuatro pesos y ochenta centavos (seis reales y cuartilla).

—Pues, señor, exclamó el muchacho como inspirado de Dios, pagaos con mis servicios.... sé escribir, leer y contar.... del dia á la noche os serviré en el laboratorio.... comeré pan á secas.... ¡Recíbidme!... pero dadme la bebida para mi pobrecita madre que va á morir!

Fuese efecto de la oferta del muchacho ó de que le diese una noble corazonada, el avaro aceptó y despachó la bebida.

Poco después la moribunda volvió en sí y el pobre jóven que se habia vendido vino á cumplir la promesa que habia hecho al codicioso farmacéutico.

Esta pía criatura se llamaba Antonio Parmentier¹. Mal sustentado, abrumado de trabajo, sufrió sin quejarse, hasta el dia que tuvo á bien el sabio descansar en la beatitud de sus riquezas. Entonces vió el muchacho por su porvenir y tomó la resolucion de irse á Paris en solicitud de un acomodo. Esta sencilla historia, este pasaje de su vida que acabamos de referir, corrió pronto de boca en boca y le granjeó la honra de marchar al ejército de Hanóver en calidad de ayudante farmacéutico.

El bienestar de su madre quedó asegurado desde entonces. Antonio llegó en breve á ser el protegido de sus jefes y el amigo de todos los soldados. Asistíalos hasta en el mismo campo de batalla sin miedo al fuego ni á las balas que podian quitarle la vida.

¹ Parmentier.

Le llegó su día de caer herido... y mil corazones inquietos le buscaron en el mismo sitio que la víspera había sido el campo de batalla. Cuatro ocasiones cayó prisionero y siempre sus compañeros fueron los que costearon su rescate; pero á la quinta... Parmentier no quiso tornar: el vínculo de la ciencia le detenía con el extranjero.

Meyer, insigne químico alemán, le había tomado cariño y le había iniciado en los misterios de su sabiduría, abriéndole la entrada de sus tesoros, de su precioso laboratorio.

Un día, el discípulo, reparando con admiración, junto al aparato de célebre doctor, un montón de *tubérculos*¹ cuyo objeto no podía conocer, preguntó al profesor.

—Esas son papas, respondió este: ayer, estando comiendo de ellas me vino al pensamiento que debían de contener un principio espíritoso, y traté de hacer la experiencia.

—¡Comer de eso!... exclamó Antonio; ¡el alimento de los cerdos!...

—Los alemanes de algunas partes le usan como sustento, contestó flemáticamente el químico Meyer.

—¡Ignoran por ventura que las papas dan lepra? dijo Parmentier con lastimero acento.

—¡Vulgaridad, vulgaridad, amigo mío! replicó el sabio. La papa, originaria de Chile, provincia de América, fué importada á Oriente, donde el sol le hizo adquirir una acritud pernicioso... de ahí viene esa preocupacion; pero cultivadla en cualquier terreno que gustéis, cuidando de enterrar el fruto, y tendréis un alimento sano y abundante, pues un pedazo de tierra que dé, bien abonado, doce quintales de trigo, rendirá doscientos quintales de papas. Tengo entendido que llegará el día en que su propagacion será uno de los beneficios mayores de la agricultura:

¹ Bulbos ó raíces tuberosas.

Púsose Antonio á reflexionar con madurez....

A los pocos días solicitó regresar á su patria, pues ya entonces tenía la convicción científica de dotar á los pobres con un bienestar nacional. ¡Pero hasta para hacer bien se necesita tener suerte! y ya que estuvo Parmentier en Francia, nadie quiso hacerle caso sino después de mucho tiempo y de mil diligencias. Pidió auxilio á la Academia, la cual no le dió mas que menosprecio y le cerró la puerta de su santuario de la ciencia.

Viendo esto el sabio procuró estilar por escrito sus convicciones apoyadas sobre sus experimentos.

Tratáronle de iluso y sin seso. Persistió él no obstante, y presentó al ministro de lo interior una memoria en que enumeró todos los bulbos con que se sustentan los salvajes.

¡Ay! ¡su escrito fué entregado al olvido!

Cuánto no padecería el desdichado Parmentier cuando en sus largas vigiliass decía para sí:

—¡Aquí está el pan del pobre!...

¡Y no haber quien le diera la mano para hacer la tentativa!... pues él, rico de ciencia y pobre de dinero, no tenía por suyo propio ni un rinconcito de tierra donde hacer sus experiencias.

Por fin, la suerte y mejor dicho el dedo de Dios le designó su lugar y su voluntad omnipotente le prestó su amparo.

Antonio Parmentier consiguió el empleo de farmacéutico del hospital de Inválidos.

Lleno de gozo tomó posesion de su alojamiento y del pequeño huerto á él anexo, arrancó los arbustos, removi6 la tierra y en breve brotó en su campo la papa.

—¡Gracias, mi Dios! exclamó al ver realizada su esperanza.... ¡Gracias, Dios mío! ¡ya tendrán pan los pobres!...

Fiado en la bondad divina, el farmacéutico pidió á Luis XVI una audiencia: otorgósele este, y después de haberle escuchado con atención:

—Os doy la llanura de los *Sablons*¹, le dijo con aquella tierna sencillez y aquella noble bondad que le eran peculiares, y ruego al cielo que os secunde.

El día siguiente sin mas tardar pusieron á trabajar los operarios, y los vecinos de Neuilly vieron con asombro producirse unas flores desconocidas, en un terreno que la arena había esterilizado.

Entonces los observadores hicieron suposiciones y luego comenzaron á inquirir lo que debían de producir aquellas flores... Parmentier les repetía todos los días que lo que debían de producir sería la providencia de los años estériles. . . . Refrase el pueblo, pero miraba con curiosidad las papas que llegado su tiempo, sacaban de debajo de la tierra.

Luego que el docto filántropo² se hubo cerciorado de la abundancia de su cosecha, llevó de contado las primicias al rey.

—Es necesario, dijo Luis XVI, persuadir á los hombres lisonjeando sus flaquezas: el amor propio no es enemigo que se deje vencer á la vista de todos. Si ofreceis los gérmenes de esos *tubérculos* os los volverán á la cara: con que, para propagarlos, para hacerlos apreciar, es preciso hacer que no se consigan con facilidad, es preciso circundarlos de una valla.

Y el llano de los *Sablons* fué rodeado de centinelas que cuidaron muy bien de día; pero al cerrar la noche se revocaba de intento la consigna.

El rey había atinado... la privacion es causa del apetito. No hubo quien no quisiera coger papas, no hubo quien no acudiera de noche á cometer su hurto y el fruto vino á ser cultivado.

¹ *Sablons* (*sablón*): arenillas.
² Humano, amigo de los hombres.

Este mejoramiento social colmó de alegría el corazón paternal del buen Luis XVI y lisonjó el generoso orgullo de Parmentier.

General malestar atormentaba á la Francia; los rentistas preveían mucha carestía y las gentes de seso se pusieron á escogitar los medios de repararla.

Entonces la Academia de Besanzon tomó un expediente humano y propuso un premio al que hallase una sustancia farinácea¹, propia para reemplazar al trigo.

Parmentier dispuso un aparato químico é hizo el primer ensayo de la fécula de la papa.

El rey estrenó en su mesa la comida del indigente.

Los hidalgos en sus castillos siguieron el ejemplo del monarca: en breve el pueblo se apoderó de la papa y pudo remediar así la esterilidad causada por las tempestades que tan frecuentemente asuelan las campiñas de Francia.

La flor de la papa con sus pétalos morados y manchados de amarillo fué enarbolada por el buen rey, y por imitarle los cortesanos no dejaron de adornar los ojales de sus casacas con ella: la papa había conquistado su derecho de nacionalidad en Francia.

Bien había dicho Parmentier. Dios galardonaba al buen hijo, al amante hijo que hizo el sacrificio de su persona por dar la vida á su moribunda madre, y los pobres ya no carecían de pan.

La Francia, reconocida, levantó una estatua al modesto sabio, al sencillo y bondadoso farmacéutico de los Inválidos, y en su gratitud le llamó con el epíteto de Padre del Pueblo, quedando honrada la villa de Montdidier con haber sido su cuna.

¡El nombre de Antonio Parmentier está inscrito en el gran libro de oro de la verdadera humanidad!

¹ Harinosa.

CUALIDADES DE UN MARIDO.

(CONCLUYE.)

Ninguna afición á narrar ni á oír anécdotas ó cuentos impúdicos, ni votos ó interjecciones indecentes.

Una dosis regular de amor propio; pero ninguna afición á medrar á costa de la patria, ni menos á tomar tajada en sus fatales despilfarros.

Poca ó ninguna afición á polcas, mazurcas, etc. Haría un muy mal padre de familias el que pudiera contar trescientas sesenta y cinco desveladas por año comun, y trescientas sesenta y seis por bisiesto.

Aversion á la mentira aun en chanza, si esta ha de llevar tono serio. Una mentira basta para degradar á una persona.

Franqueza al hablar de sí, pero sin que toque en descaro: buena disposición á alabar lo hermoso, mas sin hipérboles ni adulacion, é indulgencia para tolerar los defectos ajenos y disculparlos.

Timidez al pretender; pero sin ridiculizar ni gazmoñería, sino con sinceridad en el acento, franqueza en la expresion y dignidad en el porte. Ternura en los amores, pero sin requiebros exagerados ni mimos afeminados; *respetuosidad* á la casa y familia de la novia y cierta seriedad mezclada á la pasion en la correspondencia epistolar. Nada de exigencias, nada que traspase los límites del decoro ni del pudor; nada que tienda á descorrer ni un pequeño pliegue de los del velo purísimo en que está envuelta la doncella.

En punto á valor, el necesario para hacer respetar su honra, su esposa, su casa y su patria; pero llegada la vez, hechos y silencio: nada de balandronadas ni escándalo. Un espadachin pendenciero no es lo mas adecuado para la tranquilidad doméstica.

Odio mortal al juego y antipatía hácia los jugadores.

Algunos rasgos generosos que le acrediten de buen corazon. Nunca se le vea burlarse del contrahecho, del anciano ni del infeliz.

Un sistema filosófico de sana moral, y mas bien modestamente práctico en las virtudes evangélicas que ostentosamente afecto á novenarios, funciones de iglesia y hermandades.

Si dais en el capricho de desposaros con un santurrón de estos, antes echaos en el seno una vívora ponzoñosa.

Moderado, juicioso y lógico en las disputas, y sosteniendo en ellas si de ceder perdiera la reputacion como hombre de delicadeza; pero el Señor os guarde de los que hacen gala de no ceder jamás en una cuestion. La matraca de Catedral sería mejor esposo.

Afición á la caja de ahorros; pero sin tocar en la avaricia: Franklin dice que el que se desayuna con la abundancia, come con la escasez y cena con la miseria; mas la esposa del avaro tiene como el Tántalo de la fábula un dorado vaso delante de los ojos, de donde mana un licor deliciosísimo que á sus labios sedientos no es dable ni aun gustar. A la esposa del avaro toca la octava parte del corazon de su esposo, como á la esposa del pródigo la octava parte del pan cotidiano; porque el peluquero y el ebanista, el sastre y el empresario del teatro, ejercen sobre el resto un imperio despótico de vida y muerte.

Huid de los que todo lo poseen muy bueno, todo lo saben muy bien, todo lo ven muy bien, todo lo entienden muy bien, todo lo oyen muy bien, todo lo etc. etc. etc. muy bien: los tales son unos fatuos *pesimistas* que salidos de sí no hallan sino imperfeccion, error, desórden, caos..... y de consiguiente ni estimarán vuestras virtudes, ni apreciarán vuestros talentos, ni agradecerán vuestros sacrificios, ni admirarán vuestras gracias.

EL PROFESOR DE SEÑAS.



Anécdota inglesa.

UN embajador de España en Inglaterra, hombre muy erudito, pero taciturno y extravagante, se habia formado ideas muy peregrinas acerca de la importancia de las señas, las cuales, mantenía él, podian suplir muy bien por el lenguaje, y por lo tanto debia en su concepto haber un profesor de señas en todas las universidades.

Un dia que este diplomático se quejaba delante del rey Jacobo del descuido con que se miraba en todas partes este medio de comunicacion é inteligencia, y de la falta total de maestros en esta ciencia, el príncipe le dijo riendo.

—Yo tengo un profesor cual vos le deseais, sugeto muy hábil, pero se halla por la ocasion empleado en una universidad de las mas lejanas, al Norte de mis estados, en Aberdeen¹, á unas seiscientas millas² de aquí.

—Así estuviera en China, iria yo á verle. Mañana mismo me pongo en camino.

Dicho y hecho: púsose en camino, y no queriendo el rey quedar por mentiroso con él, despachó á mata caballo un correo á la universidad de Aberdeen, para anunciar la ida del viajero curioso, inducir á los profesores á que le hicieran el mejor posi-

¹ Aberdeen.

² Ciento cincuenta leguas, pues cuatro millas hacen una legua.

ble recibimiento, le dieran la mejor acogida é hicieran por quitársele de encima lo mas pronto que dable les fuese.

El embajador fué recibido con muy grande solemnidad en la academia, pero nada quiso ver fuera del profesor de señas á quien aguardaba con la mayor impaciencia. Hiciéronle presente que á la sazón estaba ausente, que andaba haciendo una correría por el país, entre los montañeses de Escocia, con la mira de ejercer su arte y que se ignoraba cuándo estaria de regreso.

—Siendo así, quiero esperarle, respondió el embajador, y he de aguardarle aunque haya de tardar un año entero.

Viendo los señores profesores que su deshecha no surtia efecto y que no lograrían zafarse de su excelencia, determinaron echar mano de otro expediente.

Habia en la misma ciudad un tal Geordi, de oficio carnicero y tuerto, pero gracejo y muy propio por otra parte para hacer diferentes papeles. Resolvieron los profesores encargarle de hacer del maestro de señas, y él se prestó á ello. Iniciéronle en el negocio: prometió guardar el mas profundo silencio y no darse á entender sino por medio de gestos.

Luego que el embajador tuvo aviso de que el profesor estaba de regreso de su

viaje mostró la mas grande alegría. Citóse dia, hora y punto para que se viera con él: ya que Geordi estuvo disfrazado con una vestimenta doctoral, una gran peluca y colocado en una cátedra de una de las salas de audiencia, introdujose á su excelencia, á quien se dijo que se explicase y hablase como pudiese con el hábil sujeto que se le presentaba; mientras que los profesores, reunidos en un salon contiguo, aguardaron no sin sobresalto el éxito de la singular entrevista.

—El embajador se allega á Geordi y levanta un dedo de la mano.

—Y Geordi á este ademan levanta dos.

—El embajador entonces le muestra tres dedos.

—Y Geordi cierra el puño y se le muestra como amenazándole.

—El embajador saca del bolsillo una naranja y enséñala á su interlocutor.

—Y Geordi saca de debajo de su vestido un buen pedazo de pan de avena, que manifiesta con gusto.

El embajador muy satisfecho con su conversacion, hace una profunda reverencia y se retira.

Los profesores, curiosos de saber cómo habia salido del aprieto el tuerto, hacen preguntas á su excelencia.

—¡Oh! ¡es un hombre admirable! responde el embajador; vale todos los tesoros de la India. Primeramente le enseñé un dedo, dándole á entender que no hay mas que un Dios; él me enseñó dos, para significarme el Padre y el Hijo. Luego yo le enseñé tres para indicar el Padre, el Hijo y el Espíritu santo; entonces él me enseñó el puño cerrado para decirme que todos tres no hacen mas que uno. Después presenté una naranja, indicando con ella la bondad de Dios, quien nos da no solamente todo lo que es necesario á la vida sino tambien las dulzuras que embellecen la existencia; entonces el hombre ad-

mirable, maravilloso, único, presenta un pedazo de pan, para decir que aquello es lo esencial, lo preferible á todas las necesidades del lujo y de la vanidad.

Los profesores, contentísimos de que hubiera salido tan bien el negocio, después de haberse despedido de su excelencia, se dirigieron á Geordi para que les dijese cómo habia entendido á aquel: halláronle de muy mal gesto.

—Vuestro embajador es un insolente, díjoles. Primero me enseña un dedo para echarme en cara que no tengo mas que un ojo; pero yo le enseño mis dos dedos para darle á entender que mi ojo vale tanto como los dos suyos. Entonces levanta tres dedos para decirme que no hay mas que tres ojos entre nosotros dos. Irritado yo con esta impertinencia, métome mi puño por las narices, y le habria yo dado á probar el vigor escocés de mi brazo, á no ser por la consideracion que os debo. Pero no contento aun el majadero, saca luego una naranja de su bolsillo y enséñamela como diciendo: “Vuestro miserable y frio país no puede producir nada de esto;” mas yo le enseño un buen bollo de Escocia, para probarle que me importan un bledo sus gullorías; y aun iba yo á tirársele á la cara cuando dió por bien empleado el hacerme una *caravana* y retirarse. Ya era tiempo, pues yo comenzaba á enfurruñarme. Siempre me he quedado con el remordimiento de no haberle sacudido el polvo para castigarle su atrevimiento.

Ya veis, amable lectora, que todo está en entenderse.

(Traducido para la Semana.)

EL FACHENDON.

El FACHENDON, en toda circunstancia y venga ó no al caso, hace ostentacion de su ciencia, de sus talentos, de su valimiento, de su buena suerte ó de su caudal.

ULTIMAS

MODAS DE PARIS.



AHORA que se ofrece, querida lectora mia, con motivo de la estampa de modas que hoy te presento, estoy por hablarte de unos cuantos casamientos muy *excéntricos*, y muy curiosos por lo tanto, que han *tenido lugar* en esta que se obstinan en llamar corte los que cierran los ojos para ver allá en su fantasía siquiera, un remedo, una *parodia* de monarquía en Méjico; por la cual monarquía suspiran y á la cual ponen sobre las estrellas en los mismísimos momentos en que está corriendo inminente peligro allá en la vieja Europa.

Pero no, amable lectora: no quiero que me tilden de quitahonras, no quiero incurrir en la nota de revelador de vidas ajenas. Así me ceñiré lisa y llanamente á describirte la estampa, para que puedas hacer uso de ella, si te place, bien para tí propia, bien para alguna de tus hijas ó por último para alguna de tus amigas; pues aseguro que no ha de faltar á quien le embones el sayo, supuesto que á tí no te venga.

La novia está vestida con elegante sencillez.

El vestido es de muaré antiguo, adornado con punto de Inglaterra.

Su velo, formando chal detrás, es de tul de Inglaterra, sin mas adorno que un modesto bordado. La corona nupcial es de lirio blanco de los valles, interpolado con algunos azahares.

La madrina tiene un vestido de *tartana* sobre un trasparente de tafetan, con tres altos *volantes* de Bruselas. Su corpiño es á lo Luis XV con solapas de encaje. Su corona y su ramillete son de lilas blancas y rosas tambien blancas.

Allá detrás de la novia están dos jóvenes, y no de malas bigoterías.

La una con vestido azul lapizlázuli (azul bajo) semejante á una azulada nube. La tela es gasa y la basquiña tiene cinco *volantes* festonados: todo el corpiño está *escalonado* de lazos. En sus rubios cabellos, peinados á la antigua, se enlaza una guirnalda de hojas recortadas color azul celeste.

La otra jóven tiene un vestido de droguete color de rosa, con una *berta* de punto de Venecia cerrado por medio de un ramillete de rosas. En sus cabellos undula de un lado una blonda de punto de Venecia y del otro unas plumas aéreas color de rosa.

Hasta aquí, amable lectora, la estampa que á la vista tienes.

Y como quiera que á esto se reduce, bien con pesar mio, el objeto del artículo de modas, doy desde luego punto á la parla, descanso á la pluma, reposo á la tinta, y deseándote largos y felices años de vida, te doy un *adios* hasta.... dentro de un mes “si Dios nos presta vida y salud.”

MISCELÁNEA.



Arboles de hostiones (ostras).

HISTORIA NATURAL.

La costa oriental de la Florida es muy baja y está de tal suerte recortado con ancones¹ que muy difícil es navegar en aquellos parajes, y aun sería un empeño irrealizable para todo forastero que no se valiera de los conocimientos prácticos de algun indígena. La dicha costa es verdaderamente un completo páramo, cuyo silencio no llega á interrumpirse sino con el grito penetrante de alguna zarzeta, distraida en medio de su pesca ó por el salto de algunas toninas que se divierten retozando.

Las orillas de las numerosas islas formadas por aquel laberinto de ancones están cubiertas de manglares que crecen tan juntos que oponen serios obstáculos al desembarque. Las ramas de estos arbustos cuelgan hasta el agua y abrigan bajo su sombra multitud de caimanes y serpientes acuáticas.

En esta costa se encuentran ostras de árboles que se pegan á los manglares sobre los cuales se multiplican prodigiosamente; quedando, al bajar la marea, suspendidas durante medio dia lo menos fuera de su elemento natural.

¹ Especie de puertos.

Estas ostras son muy pequeñas y no merecen la pena de ser abiertas. Forman unas masas considerables, que parecen mampostería y se unen fuertemente unas con otras por medio de un cemento blanco, muy sólido, que se endurece como si fuera mezcla.

En las cercanías se encuentra un crecido número de antiguas fortificaciones, fabricadas por los antiguos habitantes del país, las cuales servían para proteger contra las irrupciones de los indios de los ancones: muchas de estas fortalezas no se han formado sino con masas aglomeradas de las susodichas ostras.

(Traducido.)

DESATENCIÓN.

La obligación de escuchar es una ley con que frecuentemente se atropella. La **DESATENCIÓN** puede ser mas ó menos incivil y aun á veces injuriosa; pero siempre es un delito de lesa sociedad. Muy difícil es en verdad no hacerse reo de él respecto de los tontos; pero tambien es esta una de las mejores razones que apetecerse puedan para excusarse de ellos, pues se excusa de paso la ocasion de lartimarlos.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:
GUADALAJARA.

FIN DEL II TOMO.

LISTA

DE LAS

SEÑORAS Y SEÑORES SUSCRITORES A ESTA PUBLICACION.

EN LA CAPITAL.

SEÑORAS.

- | | |
|--|---|
| <p>A.
Amat de Ituarte, Luisa.
Aparicio, Jesús.
Arellano, Consuelo.
Andrade, Lucrecia.
Arguiñena, Eugenia.
Aguilera, Concepcion.
Acosta, Emilia.
Arias, Guadalupe.
Andreu, Susana.</p> <p>B.
Bonilla de Arenas, Luz.
Berzábal, Soledad.
Bulnes de Couto, Ana.
Biblioteca Universal.</p> <p>C.
Cornejo de Romero, Ramona.
Canseco de Canseco, Clementina.
Cancino de Capilla, Antonia.
Capilla, Luz.
Capilla, Pilar.
Capilla, Catalina.
Contreras, María de Jesús.
Carranza, Tomasa.
Carmona de Carmona, Marta.
Caballero, Susana.
Carballeda, Concepcion.
Cruz, María Trinidad.
Cármén, N.
Carrera, Paz.</p> | <p>D.
Diaz y Ortiz, Juana.
Doiztua, Vicenta.</p> <p>E.
Esquivel, Dolores.</p> <p>F.
Fernandez de Andrade, Concepcion.
Febles, Concepcion.
Fuertes, Bárbara.
Fuertes, Pilar.
Flores, Tomasa.</p> <p>G.
Goyoneche de Terreros, María Antonia.
Gonzalez Mijares de Gardida, Dolores.
Gual de Sandoval, Manuela.
Gallardo, Severa.
Gallardo, Joaquina.
Gonzalez de Velasco, Dolores.
Gonzalez de Pavon, Luz.
Gorraez de Cosio, Guadalupe.
Gutierrez, Guadalupe.
Gonzalez de Martinez, Juana.
García Conde, Francisca Rosales.
Guerra, Micaela.</p> <p>H.
Hernandez, Ramona.
Herrera, Rafaela.
Huerta, Francisca.</p> |
|--|---|